

Recensión

Hahn, Scott y McGinley, Brandon, *Es justo y necesario. Por qué el futuro de la civilización depende de la religión verdadera* (trad. de Diego Pereda), Madrid, Palabra, 2023, 220 pp., ISBN (edición impresa) 978-84-1368-108-5, ISBN (edición digital) 978-84-321-5201-6.

En el contexto del Año Jubilar en que celebramos a “Jesucristo, nuestra esperanza” (1 Tim 1:1), y evocamos los 1700 años del Concilio cristológico de Nicea y los 100 años de la publicación de la encíclica *Quas Primas*, de Pío XI sobre la realeza de Cristo, nos es muy grato presentar esta obra de Scott Hahn escrita junto a Brandon McGinley. El texto es una suerte de continuación de una obra anterior de Hahn, *La primera sociedad. El matrimonio y la restauración del orden social* (trad. de Gloria Esteban), Madrid, Rialp, 2019, 185 pp., a la que tuvimos oportunidad de referirnos en *Filópolis en Cristo*, 4, 157-162 (<https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/1142/1433>).

Esta nueva publicación trata de la virtud de la justicia en relación a los hombres, pero también en relación a Dios, en la que asume el rostro de la religión. Desde el comienzo, los autores van demoliendo lugares comunes sobre la materia: “Es imposible afirmar, al menos en el sentido en el que lo hacen muchos contemporáneos, que existen varias religiones. En realidad hay una sola religión, que es, como se verá, la virtud por la que hacemos justicia al único Dios que nos ha creado y nos salva” (p. 12).

Recorriendo la historia, muestran cómo “ya antes de Cristo, los filósofos comprendieron la virtud de la religión natural, y sus funciones en el ordenamiento de las almas y de las sociedades” (p. 25) y, en consecuencia, “los deberes que nos imponen las verdades a las que podemos acceder mediante la razón” (p. 21). Por ello, “al tributar a

Dios la gloria y el honor que le son propios nos situamos armoniosamente en el orden de la creación” (p. 29).

Distinguiendo al ser humano de otros seres también creados por Dios, pero que no han recibido los dones y gracias con que los hombres han sido gratuitamente favorecidos, los autores expresan: “Los animales coexisten, pero los humanos están llamados a algo más grande. Fuimos creados para Dios, y ese es el objetivo que todos compartimos, nuestro bien común. De ese bien común eterno surge el temporal, manifestado en la paz y su condición necesaria, la justicia o, lo que es lo mismo: estamos hechos para vivir en sociedad. Fuimos creados para levantar civilizaciones” (p. 146).

Reconociendo el extendido anhelo por construir la convivencia sobre la paz, y frente a tantas corrientes ideológicas que la invocan sin explicitar cómo llegar a ella, Hahn y McGinley sostienen que “la paz aparece cuando orientamos las sociedades, las familias y a nosotros mismos en torno a la inmutable realidad del orden de Dios, en el que cada persona cumple su voluntad en el tiempo y la situación en que vive. La virtud por la que cumplimos esto es la justicia, según la cual trataremos a cada uno como debe ser tratado, según su posición en el orden social y en el orden de toda la creación” (p. 39).

Aparece en toda su envergadura la importancia de la virtud de la justicia para construir una auténtica convivencia humana, destacando su dimensión comunitaria: “También las naciones serán juzgadas de acuerdo con su grado de cumplimiento de la voluntad y los planes de Dios” porque “las naciones tienen el deber social o corporativo de reconocer y hacer justicia al Dios que les ha introducido en su familia” (p. 51). Y en otro lugar: “La virtud de la justicia compete a las comunidades tanto como los individuos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* no puede ser más claro: ‘El deber de rendir a Dios un culto auténtico corresponde al hombre individual y socialmente considerado’ (2105)” (p. 55).

Expuesto el objeto de la obra, se señala que “la Iglesia Católica no ha dejado nunca de ser enemiga del liberalismo, la antagonista principal contra la que éste se encuentra en una revolución perpetua” (p. 102). Por ello, antes de proponer sus reflexiones sobre la justicia debida a Dios, los autores dedican varios capítulos “a diagnosticar y analizar el problema del liberalismo secular y sus idolatrías, injusticias y

desórdenes”. Recién luego, dicen Hahn y McGinley, “describimos su alternativa, hermosa y eterna, pero que exige que desprogramemos nuestras mentes, adiestradas por el liberalismo secular” (p. 161).

Desarmada la cosmovisión liberal, matriz de las diversas ideologías modernas y posmodernas, pasan a la exposición de sus propias ideas, comenzando por señalar que “jamás ha habido un ser humano que no esté en relación con Dios, porque jamás ha habido un ser humano que no haya sido creado por Él. Nunca ha aparecido un ser humano que no le deba a Dios (incluso de un modo atenuado por su ignorancia o por otras limitaciones), la justicia de la alabanza, la adoración y la santidad, porque nunca ha habido un ser humano al que no haya llamado y mantenido en el ser... Dependemos de Dios, y no hemos creado nuestra realidad, sino que formamos parte de la suya. No elegimos sobre un vacío moral y espiritual; lo hacemos dentro del contexto del orden que Él ha impuesto en el universo” (pp. 109-110). En efecto, “ni el individuo ni la familia ni la sociedad pueden mostrarse neutrales entre Dios y el no Dios, entre la justicia y la injusticia, entre la verdadera religión y la idolatría” (p. 110).

Los autores insisten en mostrar que la justicia no sólo se refiere a las relaciones entre particulares, sino también entre los particulares y la sociedad, y que incluso, se abre al vínculo con Dios: “el orden social y político humano cumple mejor su oficio y refleja el orden divino, del que forma parte integral, pero para eso nuestras almas -la jerarquía interior de los bienes y pasiones divinos y terrenales- también deben estar ordenadas. Y eso precisa de la virtud de la religión” (p. 70). E insisten: “Tal y como el bien común es superior al individual, aunque lo incluya, la religión es una virtud social mayor que la virtud individual, que también forma parte de ella” (p. 43). Se entiende, entonces, que “hacer justicia a Dios forma parte del bien común” (p. 186).

Como señalan Hahn y McGinley, “nada hay en el universo fuera del dominio de la providencia divina. Todas las cosas encuentran su significado y su integridad en Él y por Él, hasta las plantas más humildes. La Creación tiene un fin, y las criaturas, las flores, incluso las piedras, participan de la bondad de Dios con su mera existencia, porque cumplen su fin. Lo habitual es que lo hagan completando su ciclo vital –o en el caso de la piedra, quedándose donde está– tal y como

ordenan las leyes de la naturaleza de Dios, pero hay ocasiones en las que esos fines interactúan con el proyecto especial del Creador, la humanidad, de forma evidente e inesperada. La Trinidad mantiene todo unido, porque es el principio de integridad del universo” (p. 164).

Llegados a este punto, los autores dan un paso más en su elaboración, recurriendo al signo cristiano por excelencia, que les permite hablar de una justicia que es cruciforme: “La Cruz es una metáfora inagotable para las verdades más profundas, las que configuran el mundo y la experiencia. Con respecto a la justicia podemos imaginar dos tipos de relaciones, representadas por cada madero de la cruz, el vertical y el horizontal. El vertical simboliza los deberes de justicia que tenemos con Dios, la virtud de la religión, y el horizontal, los que tenemos hacia los demás, esto es, la justicia distributiva y la conmutativa, que hacen posible la sociedad” (pp. 135-136). Y aclaran: “No obstante, hay que saber una cosa sobre la cruz, y es que el madero horizontal no se sostiene por sí mismo. Nuestra relación con los otros descansa en la relación compartida que tenemos con Cristo, si queremos que sea estable y justa. Si el eje vertical está vencido o carcomido, la situación del horizontal será inestable e insostenible. La justicia en las relaciones humanas depende de la justicia que hagan con Dios y con su Iglesia, en una relación celestial, los individuos y la sociedad. La justicia es cruciforme, y si lo olvidamos o lo ignoramos, no podrá haberla en ninguno de los ejes... La justicia temporal no es posible sin la justicia sobrenatural de la virtud de la religión” (pp. 135-136).

En la cuestión de la justicia de los hombres entre sí y de los hombres con Dios, la Persona de Cristo asume un lugar ineludible e insustituible: “Si Jesucristo no está en la cumbre de la jerarquía de bienes del alma, alguien o algo ocupará su lugar y quién o que lo haga dependerá de cada persona... No hay alternativa no religiosa a la verdadera religión. La disyuntiva no se da entre Cristo y una amable neutralidad secular, sino entre Cristo y sus antagonistas” (pp. 117-118). Y siguen: “El deseo de conformar las relaciones personales y sociales con Cristo, nace de la obediencia y se alimenta de la gracia... Cuando sometemos nuestros deseos y todo nuestro yo a Jesucristo, permitimos que su gracia nos sane y que esos deseos, en la medida en que le dejemos actuar, recobren la justicia original del Edén” (pp. 140-142).

Ocurre que la adhesión a Cristo, como camino inexcusable para la vida personal pero también social de los hombres, cuenta siempre con la expresa intención del Señor de acercarse a sus criaturas para que éstas lo reciban, lo acojan y dejen que Él anime sus existencias: “Hay una mano, siempre tendida, que espera –de los individuos y de las sociedades– que nos aferremos a ella. Cualquier escape, cualquier regreso a Él, siempre lo iniciará Cristo, y de nosotros depende únicamente aceptar la invitación. Él puede sanar nuestros deseos e instaurar un orden hermoso, armónico y pacífico en nuestras almas, perfeccionando las ofrendas, demasiado humanas, de adoración y reverencia que le presentamos, y transformando ese simulacro de justicia en algo real... Sin justicia en el alma y en la sociedad no pueden darse la paz, el orden, la armonía ni la felicidad verdaderos” (p. 133).

La persona y las enseñanzas de Jesús se constituyen en el fundamento, el eje y la finalidad sobre las que deben organizarse los hombres, individual y socialmente considerados. Es decir, como personas únicas e irrepetibles, pero también en sus diversas inserciones en los distintos grupos sociales y políticos en los que desarrollan sus vidas. Los autores lo dicen con claridad: “Nos vemos obligados a afrontar una verdad que resulta desafiante, pero que también supone reconocer la verdad del reinado de Cristo sobre el universo. No hay prosperidad ni seguridad que compensen el abandono de los deberes de justicia hacia Dios. Incluso si todo parece seguir bien, la factura no tardaría en llegar. Abandonar el eje vertical de la justicia hace imposible el eje horizontal; sin Cristo todo se desmorona” (p. 154).

Y mostrando las consecuencias del dar las espaldas a Jesús en la vida social, señalan que “si una sociedad ignora a Cristo, no solo se vuelve disfuncional; apenas llega a configurarse como sociedad, y difícilmente merece que se la llame ‘civilización’. Se asemeja más a un estado salvaje, poblado por criaturas que compiten por el poder y los privilegios y aspiran, en el mejor de los casos, a una coexistencia intranquila... El secularismo erosiona las mismas entrañas de la justicia que nos mantienen unidos, y que hacen posible la sociedad. La verdadera religión, en cambio, es la sangre que alimenta a una civilización” (p. 147).

Evocando los Evangelios, los autores recuerdan que “en Mateo, Jesús dice: ‘el que no está conmigo está contra Mí y el que no reco-

ge conmigo, desparrama' –Mt 12:30. Cristo no dice que estamos con Él mientras no nos oponamos. Cualquier opción que no sea la de seguirlo nos pone en su contra. Puede sonar duro, pero es, una vez más, la realidad. Como individuos, familias y sociedades no estamos llamados a preservar una escrupulosa neutralidad hacia la verdad del amor y la gracia de Dios. En lo que respecta a lo que él ha hecho y continúa haciendo por nosotros, mantenerse a una distancia prudencial es una injusticia" (p. 195).

Las verdades que Hahn y McGinley van desplegando, son las que las sociedades contemporáneas necesitan para salir de sus crisis globales. No son sólo válidas para otro tiempo ya pasado ni mucho menos para enunciarlas de modo abstracto y desencarnado de la realidad. Por el contrario, "también esta civilización puede recuperar su integridad si vuelve a Cristo. Si le reconocemos y adoramos como el que es, si abrazamos la virtud de la religión" (p. 159). Pero no podemos hacerlo si no realizamos un adecuado diagnóstico de la situación cultural, política y social de nuestro tiempo, alejado de sus raíces cristianas, en que "hemos colocado a Cristo como a un competidor más en el mercado 'neutral' de las ideas, en lugar de hacer de Él su principio rector. Así hemos derrochado nuestra herencia, y con ella la posibilidad de alcanzar una justicia cruciforme, hacia Dios y hacia los hombres. El fruto ha sido un caos moral y espiritual... O avanzamos hacia Cristo cooperando con su gracia o nos alejamos de Él derrochándola. Esto se cumple con las familias, con la sociedad y con la civilización igual que con los individuos" (p. 160).

Si queremos edificar sociedades sanas, es menester afirmar que "la comunión con Cristo es el principio de toda comunión terrenal, desde la familia y la sociedad hasta todo el género humano. Quebrantar o rechazar esa comunión divina cierra las puertas a la armonía duradera entre las criaturas caídas" (p. 196). Y en ese esfuerzo por asumir a Cristo, "la conversión de una sociedad o, con mayor audacia, la de una civilización, empieza con la conversión a Cristo del corazón de cada uno" (p. 202). Luego, cumple decir que "la familia es el epicentro de la virtud de la religión... Cuando una pareja casada y su familia amplia hacen justicia a Dios, a través de la vida sacramentaria de los deberes cotidianos de su iglesia doméstica, cooperan con los demás y les

comunican la gracia precisa para cumplir sus funciones en el orden social, en armonía con el orden divino” (pp. 186-188).

Mostrando la centralidad del misterio de Cristo para la vida comunitaria de los hombres, Hahn y McGinley no cesan de anunciar, una y otra vez, que “existe un principio unificador del que –o con más precisión, de quién– no se puede decir que haya surgido del orden político. Se trata, evidentemente, de Jesucristo. Él es la respuesta que no nos puede dar ni el espejismo del liberalismo secular ni la opresión del fascismo, ni tampoco la manía del consumismo o la agonía del colectivismo, como tampoco Él nos ofrece la falsa seguridad de las políticas identitarias (de izquierda o de derecha) ni la falsa actividad del humanitarismo. Sólo un principio social por encima de la sociedad y fuera de ella –solo Jesús– puede prometernos una unidad sin uniformidad” (p. 198).

Al expresar la necesidad de Cristo para los hombres, las familias y las sociedades, los autores saben que exponen ideas ajenas a las dominantes en los tiempos que transitamos, en los que se pregona a cuatro vientos modelos institucionales supuestamente neutrales a la religión, pero que no son tales: “La idea de una sociedad unificada bajo las mismas prácticas religiosas recuerdan al terrible espectro de la teocracia. Comencemos por explicar, llanamente, que ya vivimos en una teocracia. Todos los regímenes lo son, en dos sentidos. En primer lugar, como ya se ha demostrado, los distintos sistemas políticos, –incluido, sobre todo, el agresivamente secular– se basan en una determinada visión religiosa, y la difunden. No existe sistema neutral, y todos ellos rinden tributo a su propia versión de la verdad acerca de la humanidad y sus fines. En segundo lugar, y más importante, el universo es una teocracia bajo la soberanía de Cristo Rey, y esto es la simple verdad, no una creencia fanática. La cuestión es si la reconocemos y nos adecuamos a su soberanía o si la negamos y la (intentamos) desafiar. En el primer caso, la gracia nos sostendrá y fortalecerá, y en el segundo, nos enfrentaremos al agotamiento y las disfunciones que provoca el negar la realidad. En el contexto del reinado de Cristo, entonces, el pluralismo se manifiesta como una ilusión” (p. 199).

Scott Hahn y Brandon McGinley nos muestran que “sin amor no somos nada (cf. 1 Co 13:1-3). Con el amor, que incluye hacer justicia

a Dios mediante la virtud de la religión, nuestras almas y nuestras civilización serán más hermosas que nada que pudiese imaginar esta cultura secular, idólatra y nihilista” (p. 218).

Finalmente, las reflexiones del libro que estamos presentando se abren inesperadamente, pero con una lógica irrefutable, hacia el ámbito de la adoración de los hombres y de las sociedades, que a través de la liturgia rinden culto a Dios reconociéndolo y tributándole los actos de justicia propios de la virtud de la religión: “Es la Misa la que establece la conexión entre lo sobrenatural y lo natural, siendo al mismo tiempo un acto público de comunión con Dios y un acto de comunión con nuestros hermanos en Su cuerpo. El Santo Sacrificio constituye, por eso, un acto excepcionalmente político, no en el sentido partidista, sino porque trae a nuestra presencia el principio que rige el orden político en sí, que es Jesucristo. Sin la Misa, y por lo tanto sin Cristo como cualidad fundamental de la vida en común, acabaremos por abandonar la posibilidad de vivir juntos” (p. 196).

“Es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,
darte gracias, Padre Santo, siempre y en todo lugar,
por Jesucristo, tu Hijo Amado.
Por Él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas;
Tú nos lo enviaste para que,
hecho hombre por obra del Espíritu Santo
y nacido de María la Virgen,
fuera nuestro Salvador y Redentor”

Ricardo von Büren
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional